

El recto sentido republicano y la influencia rousseauniana (1811-1814)

El gobierno de José Miguel Carrera estuvo encaminado al logro de la independencia definitiva de Chile y a la creación de una conciencia social adicta al sistema republicano.

De acuerdo a los principios de Rosseau, Carrera y sus seguidores creían que la desigualdad existente podría ser corregida por medio de derechos jurídicos. El Reglamento Constitucional de 1812 vendría a satisfacer esta aspiración; ante los problemas sociales este gobierno tomó las medidas más radicales que las circunstancias le permitían. Si por los fuertes intereses existentes no podía decretarse la abolición de la esclavitud, se logró la «libertad de vientre», limitándose en cierta forma que proliferara esa institución.

Tanto en el aspecto formal, como en las tareas prácticas, Carrera y otros miembros influyentes del gobierno, consideraron a Chile como estado independiente, condición con que aparece en el Reglamento Constitucional aunque en términos disimulados, «ningún decreto providencial u orden que emane de cualquier autoridad o tribunal de fuera del territorio tendrá (aquí) efecto alguno y los que intentaran darles valor serán castigados como reos de Estado».

Carrera entendía que la participación popular en los asuntos políticos se haría realidad una vez que las mayorías tuvieran acceso a la cultura. En este sentido, la educación no podía continuar siendo privada, sino debería ser pública y estatal, con contenidos específicos encaminados a la formación del ciudadano.

Quienes tuvieron en sus manos la aplicación de estos principios fueron hombres de sólida formación cultural, Manuel de Salas y el sacerdote Camilo Henríquez creadores del Instituto Nacional y la Biblioteca Nacional. Durante este tiempo y bajo la dirección de los mismos hombres se publica el primer periódico, «La Aurora de Chile», cuyo lenguaje apasionadamente patriótico animaba a afianzar el movimiento republicano.

La reconquista y el movimiento popular (1814-1817)

Si bien en Chile el proceso revolucionario se desarrolló en un plazo breve, se vio interrumpido temporalmente por etapas involutivas; una de ellas tuvo como foco el principal centro de poder de la Corona en América del Sur, Lima. La irrupción de las tropas monárquicas provenientes del virreinato del Perú y su consiguiente triunfo, inicia en Chile el período llamado «La Reconquista» (1814-1817). Esto no fue un hecho aislado, estaba integrado en el vasto plan político de «La Restauración». Fernando VII, monarca absoluto una vez que hubo retornado a su trono, amenazaba imponerse por todos los medios ante los pueblos de su imperio, que durante su ausencia habían evolucionado hacia la democracia; una crueldad desconocida en el pasado caracterizó este período, y fue aplicada especialmente a quienes eran sospechosos de ser adictos al sistema republicano. La nueva forma de gobierno tuvo resultados insospechados para la Monarquía, el pequeño círculo en que se habían mantenido los

partidarios de la democracia se convirtió ahora en un movimiento popular, penetró en las casas de los pobres de las ciudades y se extendió a campos y aldeas.

Durante la Reconquista numerosos patriotas emigraron a Argentina con el fin de salvaguardar sus vidas y organizar un ejército destinado a desalojar las fuerzas realistas del territorio. Manuel Rodríguez, entre tanto, que en interminables guerrillas exasperaba a las tropas del rey, surge como héroe entre arrieros y campesinos.

Ahora la patria se convertía en un hecho tangible: era Manuel Rodríguez que cruzaba la cordillera, eludiendo emboscadas. Por esos años el sentimiento republicano en Hispanoamérica tenía carácter universal, sus partidarios se sentían vinculados fraternalmente cualquiera que fuese el origen nacional. Esta actitud no era producto de un impulso, era el fruto de un programa reflexionado en las logias y que apuntaba a un objeto preciso, la Independencia de toda Hispanoamérica. Chile era uno de los tramos desde donde se irradiaría el proceso liberador hacia el principal centro monárquico, Perú.

Si las campañas militares y los proyectos políticos de los patriotas tuvieron resultados exitosos, no sólo se debió a una adecuada dirección y al espíritu valiente de los soldados. La decisión estaba en las entrañas mismas del pueblo, que se iba incorporando a las filas del «ejército libertador» durante la travesía de la cordillera desde Mendoza a Santiago.

Hacia la construcción de una sociedad democrática, la dictadura de O'Higgins (1818-1822)

El prestigio ganado por O'Higgins en las logias se vio reforzado posteriormente en las campañas militares del «ejército libertador». Los miembros del Cabildo reconocieron en él al hombre cabal que debía dirigir el Estado, sin sospechar que estaban esgrimiendo un instrumento que se volvería contra sus propios intereses.

O'Higgins pensaba que si por democracia debía entenderse el gobierno de las mayorías, Chile estaba lejos de alcanzarla. Ni instituciones educacionales, ni centros de beneficencia bastarían para ello. El pueblo, desde hacía más de doscientos cincuenta años, había vivido en un estado de servidumbre y sumido en la miseria, el alcoholismo y el fanatismo religioso. El mal se centraba en la estructura misma de la sociedad, en que la aristocracia criolla, compuesta por escasas familias, concentraban en sus manos todo el agro de Chile y el que lamentablemente descuidado, se hacía insuficiente para alimentar a la población. era imprescindible la construcción de canales de regadíos, carreteras y otras obras para remediar las labores del campo. Otro asunto de gran preocupación para el gobernante fue las numerosas familias dispersadas y aisladas que vivían a lo largo del territorio y que era necesario incorporar a la civilización. Este fue el origen de la construcción de nuevas ciudades. La realización de estos proyectos alteró los latifundios, en la aristocracia se despertó una profunda desconfianza hacia O'Higgins, ya que desde la Colonia sus propiedades se habían mantenido intactas. La enemistad surgida a raíz de estos problemas pronto se convirtió en odio, fue el momento en que el gobierno decretó la supresión de los títulos nobiliarios.

La aristocracia, que no hacía mucho tiempo había defendido la libertad de

comercio, en los asuntos políticos era profundamente conservadora. Los esfuerzos de O'Higgins encaminados a la participación de todas las clases sociales en el gobierno fueron observados por los desdeñosos terratenientes como hechos de verdadera peligrosidad. Esta situación tensa llegó a sus límites en el instante que el gobernante dio a conocer la abolición de los mayorazgos.

Un escaso número de personas concentraban por entonces en sus manos las pocas actividades rentables, el comercio de ultramar, las operaciones de crédito, las minas y la tierra.

La prolongación de la existencia de los mayorazgos era, según O'Higgins, el impedimento más serio para la democratización de la sociedad. La sublevación militar fraguada en secreto fue la respuesta de la aristocracia ante la reforma gubernamental.

Paradójicamente, quien dedicó toda su vida a la causa del pueblo fue acusado de traicionarlo. Sus enemigos esgrimirían la amistad de éste con los patriotas de Buenos Aires. Absuelto de toda culpa, se embarcó al Perú para no retornar.

Proceso involutivo, las rivalidades por el poder (1822-1830)

Las experiencias sufridas por la aristocracia criolla en el gobierno de O'Higgins y anteriormente en el de Carrera, la convirtió en una sociedad recelosa del poder político. La mayoría de sus miembros trataron de imponer el retorno del sistema de las Juntas; forma que les ofrecía numerosas ventajas y que sobre todo garantizaban el control recíproco entre los miembros gobernantes. Así creyeron evitar los gobiernos unipersonales. Los modelos políticos para la aristocracia eran el Senado romano o el Gran Concejo de Venecia ... «Los soberbios señores chilenos querían la consideración, el mando o al menos un régimen organizado de influencias compartidas entre los miembros prominentes de la familia social de que todos formaban parte»³.

Este período se vio caracterizado por sublevaciones sucesivas y gobiernos de corta duración. Las ambiciones originadas en problemas como fueron el «localismo» y el «caciquismo» impidieron por largo tiempo la normalización política de la nación. Desposeída de sus títulos nobiliarios y de los símbolos de abolengo, la aristocracia permanecía alerta a cualquier medida que pudiera perseguir fines semejantes. Así opusieron tenaz resistencia a la abolición de la esclavitud sólo por lo que significaba la posesión de esclavos en la escala social, ya que como fuerza de trabajo estaba en decadencia. La promulgación de la ley se consiguió después de apasionados debates parlamentarios (1823).

Diego Portales emerge en ese ambiente de fuertes tensiones como el hombre honesto, sin ambiciones políticas y sin compromisos con ningún sector involucrado en los problemas de gobierno. Era la expresión de la burguesía avanzada, interesada en garantizar los medios necesarios para su desarrollo, proceso que sería favorable también para las clases más pobres de la nación.

³ *La fronda aristocrática*, pág. 43. Alberto Edwards. Edit. Pacífico.